

LIBROS

Rónán Hession

LEONARD Y HUNGRY PAUL

Giuseppe Bedeschi

LA ESCUELA DE FRANKFURT. UNA
INTRODUCCIÓN

Iñaki Ellakuría y Pablo Planas

PUIGDEMONT. EL INTEGRISTA QUE PUDO
ROMPER ESPAÑA

Chinguiz Aitmátov

MÁS DE UN SIGLO SE ALARGA EL DÍA

Claudia Goldin

CARRERA Y FAMILIA: EL LARGO CAMINO DE LAS
MUJERES HACIA LA IGUALDAD

Diego Trelles Paz

LA LEALTAD
DE LOS CANÍBALES

NOVELA

La hora del silencio

por **Ricardo Dudda**



Rónán Hession
LEONARD Y HUNGRY
PAUL
Traducción de Clara
Ministral
Barcelona, Alpha Decay,
2025, 304 pp.

Leonard y Hungry Paul, el debut del escritor y músico irlandés Rónán Hession, me ha recordado a muchas cosas muy distintas unas de otras. Me ha recordado a los libros infantiles de Sapo y Sepo, de Arnold Lobel, las aventuras de dos sapos amigos. Pasean en bici por la campiña inglesa vestidos de *tweed*. También me ha recordado a la novela *Oblómov*, de Iván Goncharov, que cuenta la historia de un individuo que quiere reducir su vida a lo básico, a ser posible horizontalmente, y al personaje de Michael Scott de *The Office*, con su ingenuidad y puritanismo, y a la película de Alexander Payne *The holdovers*, que es un filme sobre la bondad humana. También pienso en los humoristas Joe Pera y Dax Flame, en los cómics de *Peanuts* (el alter ego musical de Rónán Hession es Mumblin' Deaf Ro y uno de sus temas, "Cheer up Charlie Brown", tiene de estribillo "Ánimate Charlie

Brown. Tu familia aún te quiere a pesar de que les decepcionas").

Y me ha recordado también a Reddit, a los usuarios ligeramente (o no tan ligeramente) autistas de la red social que le sacan punta a todo y tienen hiperfijaciones y manías, y a un vídeo que se hizo viral el año pasado en el que un tiktokker entrevista a un hombre por la calle y le pregunta "¿Derechos LGTB o estabilidad económica?", y él le responde "ambas", el entrevistador le pide que elija una y él insiste en que pueden tenerse ambas, el entrevistador insiste e insiste pero el hombre dice "rechazo tu pregunta" hasta que cansa a su interlocutor: es el arquetipo del *redditor*, del hombre experto en debates *online* cuyo racionalismo a veces resulta exasperante.

Son bastantes referencias para una novela tan pequeña, una miniatura de la vida de unos individuos insustanciales. Leonard y Hungry Paul son dos amigos en la treintena. El primero es huérfano y vive solo en la casa de su madre, que falleció recientemente. El libro comienza con una brevísima y brillante biografía de su relación hasta su muerte, una idea arriesgada, pero que funciona, para comenzar una novela. Leonard trabaja escribiendo enciclopedias infantiles. Es muy bueno en ello: comparte con los niños una curiosidad voraz y una visión ingenua sobre el mundo. En cambio

Hungry Paul, un mote que nunca se explica, no trabaja, aunque a veces sustituye al cartero del barrio cuando está enfermo y hace de voluntario en el hospital, donde agarra de la mano a ancianas enfermas y les lleva chocolatinas. Todavía vive con sus padres, que lo miman demasiado. Son una pareja extraña: siguen enamorados tras décadas de matrimonio. Su hermana mayor también está presente en la historia, aunque ya no vive en la casa familiar, y le reprocha constantemente su estilo de vida: "Tú llevas toda la vida por ahí flotando como si fueras el puñetero Winnie the Pooh; tú te puedes pasar un día entero buscando una caña de pescar o pensando en la forma que tienen las nubes mientras papá, mamá y yo nos ocupamos del dinero, el trabajo, los problemas y esas cosas." Leonard y Hungry Paul quedan a menudo para jugar a juegos de mesa y hablar del universo o de cualquier cosa, se llaman por teléfono para contarse las buenas y las malas noticias, hacen recados juntos. El núcleo del libro es su amistad, que "no era una simple cuestión de conveniencia para dos hombres callados y solitarios, sin muchas más opciones: era un pacto. Un pacto de resistencia al torbellino de hiperactividad e insensibilidad en el que había quedado envuelto el resto del mundo. Era un pacto de simplicidad, que se oponía a las fuerzas de la competitividad y al ruido".

La trama es esa. No hay mucho más. Y ahí está la virtud de esta novela de detalles insustanciales, conversaciones banales, cotidianidad. Pero esas nimiedades son la superficie, la trama, que es lo de menos: aquí no hay redenciones ni epifanías. Pero hay una perfecta sintonía entre la ética y la estética del libro. La voz del narrador es entrañable, serena, y sus consejos están llenos de una sabiduría calmada y cómplice. “Siempre había asociado la paz interior con la felicidad, como si fuera una especie de estabilidad en la que se transformaba la felicidad cuando era verdadera. Pero ahora se dio cuenta de que la paz interior es independiente de cualquier otro sentimiento. La profunda paz interior que sentía ahora tenía un tono apagado. No era algo alegre, sino melancólico. Era una profunda aceptación del mundo tal como era, sin preferencias superficiales. Sintió que el peso del esfuerzo que había que hacer para ser feliz se levantaba de sus hombros.” A veces tiene una ingenuidad que recuerda a un libro infantil, pero luego se rompe con un humor sardónico o absurdo (en una escena especialmente hilarante, a Leonard le suena la sintonía de *Crazy Frog* en un ascensor lleno y le da vergüenza responder al teléfono), que recuerda a las obras de David Sedaris, con su mezcla de mala leche y referencias pop. Es una obra anticínica, pero no se va nunca al otro extremo: toca el melodrama romántico con la punta de los dedos, con delicadeza, pero se aparta rápidamente.

Es cierto que, aunque el núcleo es la amistad de los dos personajes, hay un romance. De los dos protagonistas, Leonard es el que más tiene ganas de salir al mundo y romper su burbuja, y conoce a alguien en el trabajo. La relación que surge es entrañable y profunda y llena de matices. Pero resulta ligeramente irritante que una novela sobre la amistad, que reflexiona sobre ella tan inteligentemente, que huye de los convencionalismos, necesite un romance clásico para redondearse. Es la lógica de Marge Simpson, que en el capítulo en

el que el señor Burns encuentra pareja tiene una conversación con Lisa en la que dice: “Ya era hora de que el Sr. Burns encontrara una mujer. No soporto ver a un hombre soltero.” Lisa le responde: “Algunas personas disfrutan estando solas, mamá” Y ella dice: “No, todos deberían estar emparejados”, y se pone a juntar al perro y al gato, un salero y un pimentero, al bebé Maggie con un cactus. Quizá es una concesión comercial: hay lectores que no pueden soportar que sus personajes favoritos no acaben emparejados, por eso la gente escribe fanfics (las ficciones de fans), que si existen es fundamentalmente para que Harry Potter pueda follarse finalmente con Hermione.

En realidad esta objeción es una coquetería de *reddit*. Tanto la amistad como el romance en *Leonard y Hungry Paul* funcionan y emocionan. Es una obra brillante y original, un manifiesto contra el cinismo y también a favor del silencio: en silencio uno escucha.

En un giro extraño de los acontecimientos, Hungry Paul acaba encontrando un trabajo como portavoz de la asociación de mimos del país. Es muy divertido cómo lo consigue. Un día leyó en el periódico que la Cámara de Comercio de la ciudad había organizado un concurso para resolver un problema: no hay una manera estandarizada de saludarse y despedirse formalmente en los emails. El ganador con la frase más acertada, que además se convertiría en la fórmula por defecto de la institución, recibiría 10.000 euros. La frase ganadora es la de Hungry Paul: “Por si lo anterior fuera de interés.” En su discurso de aceptación, no dijo nada, se quedó callado en el escenario. Su mutismo sorprendió tanto a uno de los mimos presentes en el acto (que era también una especie de feria) que lo contrató para su asociación. Tras ser nombrado, a Hungry Paul se le ocurre organizar un “club del silencio”: “Los domingos por la noche, ven a pasar una hora en silencio en la Asociación Nacional de Intérpretes de Mimo.” En el último episodio del libro, acuden

todos los personajes. La banda sonora es “433” de John Cage. Y el silencio de cada uno es diferente. Como dice el narrador, “hasta cuando las personas no están haciendo nada, cada una lo hace a su manera”. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libro del Asteroide, 2023).

ENSAYO

El “gran rechazo” del mundo moderno

por **Jorge del Palacio**



Giuseppe Bedeschi
LA ESCUELA DE
FRANKFURT. UNA
INTRODUCCIÓN
Traducción de Manuel
Cuesta
Madrid, Alianza Editorial,
2024, 261 pp.

La historia de la Escuela de Frankfurt es la historia de uno de los proyectos filosófico-políticos más ambiciosos del siglo xx. Su objetivo principal fue renovar el marxismo para estudiar las nuevas formas de dominación que caracterizaban a la sociedad industrial de masas. Los principales miembros de la escuela —Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Leo Löwenthal, Friedrich Pollock, Karl Wittfogel y Erich Fromm— participaron de la fundación del Instituto para la Investigación Social de Frankfurt a principios de los años veinte del siglo pasado. Y abandonaron Alemania una década después tras la llegada al poder del nacional-socialismo. La mayoría encontró una tierra de acogida en Estados Unidos. En particular, en la Universidad de Columbia, institución que puso a su disposición los recursos necesarios para dar continuidad a sus estudios e investigaciones.

La producción filosófica de la Escuela de Frankfurt suele

reconocerse con el nombre de “teoría crítica”. Bajo tal denominación, no obstante, se esconde una variedad de intereses y enfoques. Desde la vocación de Erich Fromm por fundir psicoanálisis y marxismo al interés de Löwenthal por la literatura, de Adorno por la música o de Pollock por estudiar la economía. En todo caso, como bien destaca el libro de Bedeschi, todos ellos fueron cultivando una serie de ideas comunes que dotaban de una personalidad diferenciada y reconocible a sus investigaciones.

Por ejemplo, la tesis que hacía del fascismo el hijo legítimo del liberalismo; la crítica de la ciencia como instrumento al servicio de la dominación del hombre y la naturaleza; la creencia en que la emancipación total del individuo exigía la liberación de la “personalidad autoritaria” que se predicaba de la cultura occidental; o la convicción de que en los países desarrollados la clase obrera había perdido su potencial revolucionario y debía ser sustituida por los nuevos sujetos oprimidos —por razones sexuales, culturales o raciales—, los jóvenes, los intelectuales no domesticados por el sistema y los pueblos del tercer mundo. En definitiva, todos los descontentos con el sistema.

La mayor parte de la producción de la Escuela de Frankfurt vio la luz en las décadas treinta y cuarenta del siglo pasado. No obstante, fue en los años sesenta y setenta cuando sus ideas alcanzaron su máxima repercusión en la cultura occidental. No solo caldearon el clima revolucionario de 1968, sino que se convirtieron en el verdadero corpus filosófico que nutrió de ideas a la variopinta Nueva Izquierda. En este caso, por tanto, la publicación en 1964 de *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse es la excepción que confirma la regla. El grueso de sus ideas, por frescas y novedosas que pudiesen parecer a la juventud *soixante-huitard*, habían salido del taller de la Escuela de Frankfurt décadas antes.

Vale la pena subrayar que el libro de Giuseppe Bedeschi que publica Alianza no es un ensayo cultural sobre la Escuela de Frankfurt o una biografía coral de sus miembros, como la celebrada *Gran Hotel Abismo* de Stuart Jeffries (Turner, 2018). El libro tiene un corte académico y analiza las principales aportaciones de los miembros de la Escuela de Frankfurt con el rigor escolar y el aparato conceptual y bibliográfico que se esperan del historiador de la filosofía. El autor, profesor emérito de filosofía política en La Sapienza, es un gran conocedor de la tradición marxista y también es autor de las monografías que la prestigiosa editorial romana Laterza dedicó a Karl Marx y Georg Lukács. Se llama a engaño, no obstante, quien crea que el libro es un simple resumen académico.

El ensayo tiene una tesis y se trata de una tesis atractiva. Bedeschi señala que en el marxismo confluyen dos tradiciones filosóficas distintas: una materialista e ilustrado-individualista y otra idealista y romántico-organicista. Según nuestro autor, la Escuela de Frankfurt asume una posición propia ante esta doble herencia filosófica, que no fue la síntesis superadora propuesta por el propio Marx. Al contrario, la condena intransigente de la ciencia y la tecnología como instrumentos de dominación hicieron de la “teoría crítica” una vía para la profundización y radicalización del alma romántico-organicista del marxismo.

La Escuela de Frankfurt cultivó con mimo la idea del “gran rechazo” de la sociedad contemporánea. La tildó de totalitaria, individualista, dominada por la cultura de consumo y sometida a la lógica avasalladora de la racionalidad productiva. Y dio alas a la vieja idea revolucionaria en virtud de la cual solo la ruptura total con todo tipo de autoridad establecida por la civilización occidental —ya fuese política, cultural o religiosa— podía encauzar el nacimiento de un mundo radicalmente nuevo. Para

Bedeschi, no obstante, la teoría del “gran rechazo” era el caballo de Troya que la Escuela de Frankfurt utilizó para dar salida a su profunda aversión a la racionalidad científica y tecnológica sobre la que se apoyaba el progreso material del mundo moderno.

En este punto, nos dice Bedeschi, aflora con toda su fuerza el vínculo que une el pensamiento de la Escuela de Frankfurt con la veta romántica, antipositivista y antiilustrada del marxismo. Que no aprecia, por tanto, el Marx que confía en que el desarrollo de las fuerzas productivas permitirá la superación de la escasez natural del mundo, sino que busca su inspiración en el Marx romántico. A saber, el lector atento de Hegel que anhela, sin disimulo, la restauración de la unidad ética y orgánica de la sociedad que la

JORGE DEL PALACIO es profesor de historia del pensamiento político en la Universidad Rey Juan Carlos.

BIOGRAFÍA

Tocata y fuga del pastelero loco

por **Jordi Canal**



Iñaki Ellakuría y Pablo Planas
PUIGDEMONT. EL INTEGRISTA QUE PUDO ROMPER ESPAÑA
 Madrid, La Esfera de los Libros, 2024, 326 pp.

El día 10 de enero de 2016 Carles Puigdemont fue investido al frente de la Generalitat de Cataluña. Desde las instituciones controladas por el nacionalismo se le presentó rápidamente como el presidente 130. El relato nacional-nacionalista, erigido en dominante en tierras catalanas, asegura que la cuenta de mandatarios empezó en 1359 con Berenguer de Cruillas y se interrumpió entre 1714, el fatídico año del final de un inexistente Estado catalán y de la crisis de una

nación catalana asimismo inexistente, y 1931, con la Segunda República. A los 121 presidentes que supuestamente se sucedieron antes de 1714 se suman otros nueve: Francesc Macià, Lluís Companys, Josep Irla, Josep Tarradellas, Jordi Pujol, Pasqual Maragall, José Montilla, Artur Mas y el ya mentado Puigdemont. Quedan excluidos curiosamente —o no— los que encabezaron la institución entre octubre de 1934 y febrero de 1936.

Pese a que la lista de los 130 esté avalada por algunos historiadores, próximos al poder nacionalista, resulta muy difícil establecer relaciones de continuidad entre la antigua Diputación del General y la Generalitat contemporánea, una institución nueva creada en 1931 aunque vestida, como la mona del refrán, con la seda de un nombre histórico. Épocas, circunstancias y funciones resultan enormemente disímiles. El abuso de las continuidades, tan suspiradas por los nacionalistas de toda ralea, choca, casi siempre, con la realidad. La obsesión por el pasado convertía en 2016, así pues, al noveno máximo gobernante de la Generalitat en el 130, en una mentira venial si la comparamos con las mentiras gordas de una presidencia asimilable a una tocata penosa y una cobarde fuga, previo golpe de Estado más o menos posmoderno.

En el libro que los periodistas Iñaki Ellakuría y Pablo Planas dedican a Carles Puigdemont, titulado *Puigdemont. El integrista que pudo romper España*, se alude a “la creativa contabilidad histórica del catalanismo” en la nómina de la presidencia de la Generalitat. Se trata de una interesante biografía que intenta explicar las razones profundas y también las más superficiales que llevaron a dicho personaje a emprender, desde el poder y antes desde fuera, una cruzada contra España y por la independencia de Cataluña. Su elección en 2016 fue, para muchos catalanes y no catalanes, una sorpresa: un político gris, bastante

outsider, independentista a machamartillo, ajeno al núcleo de poder barcelonés y casi un desconocido para buena parte de la ciudadanía.

Todos los anteriores elementos, aparentemente negativos, le convertían, en un momento concreto, intrincado y decisivo, con Artur Mas en la famosa “papelera de la historia”, en la persona ideal para conducir el *procés* hasta el anhelado e imprevisto final. Era inflexible e intransigente —sin llegar a kamikaze—, no estaba quemado en la primera línea política regional, se entendía bien con las asociaciones que impulsaban el proceso desde la sociedad civil, no era un converso —a diferencia de los muchos catalanistas mudados al independentismo en el siglo XXI, él lo fue siempre—, representaba bien la pujante Cataluña menestral e interior, base del movimiento *indepe*, y resultaba difícilmente influenciado por unos poderes fácticos que prácticamente desconocía. Su “idealismo tronado y su patria imaginaria” iban a convertirse, a fin de cuentas, en señas de identidad de este ingenioso iluminado.

La singularidad de Puigdemont en el mapa político catalán y sus rarezas personales le han conllevado apodosados como el de “pastelero loco”, acuñado por sus propios correligionarios, poco convencidos en algunos momentos de su cordura; “mocho”, esto es, fregona, por el pelo, o “cocomocho”, y, asimismo, “el Vivaldes”, un certero mote lanzado por el periodista Albert Soler. Puigdemont, apuntan los autores, “es un tipo que lleva trajes demasiado grandes, de mercadillo de provincias, zapatos anticuados, corbatas feas, pelo mal cortado y un flequillo rebelde que le da un aire entre monje de clausura y el Georges Harrison de la primera época de los Beatles”. Un político, añaden, que no habla el castellano con soltura, considera Barcelona demasiado española, impura e incomprensible, no entiende España ni le interesa y otorga una enorme trascendencia a los gestos simbólicos.

El volumen está un poco descompensado cronológicamente —tres capítulos para la etapa 1962 a 2016, mientras que los años 2016-2024 merecen diez capítulos—, pero resulta evidente que las razones de actualidad se han impuesto. Nieto e hijo de pasteleros, Carles Puigdemont Casamajó nació en 1962 en Amer, en el interior de la provincia de Gerona. Insisten con acierto los autores del volumen en los orígenes carlistas y franquistas de la familia, aunque sacan algunas conclusiones precipitadas, como relacionarlos con la aversión a España del biografado. Desde muy joven iba a dedicarse al periodismo. Sufrió un grave accidente de circulación en enero de 1983. Empezó los estudios universitarios de filología catalana en Gerona, que compatibilizaba con su trabajo en la prensa, pero los abandonó en el segundo año. A pesar de presentarse públicamente como filólogo y periodista, además de intelectual, únicamente posee el título de bachillerato y una escritura mediocre. En mi opinión, se pasa demasiado por encima del año 1992, el de los Juegos Olímpicos de Barcelona, pero también de la denominada operación Garzón. Puigdemont se marchó repentinamente al extranjero.

Desde sus inicios en política, sostienen los autores, Puigdemont “combina la capacidad de supervivencia del pícaro de provincias con una determinación fanática por conseguir la independencia de Cataluña”. Fanatismo, intransigencia y ciclotimia caracterizan al susodicho. Se afilió a las juventudes de Convergència, las JNC, a principios de los años ochenta. En 2006 obtuvo un escaño en el parlamento catalán y fue, al año siguiente, candidato inesperado y de emergencia a la alcaldía de Gerona. Sin embargo, no se convirtió en alcalde de la ciudad, controlada durante lustros por los socialistas de Joaquim Nadal, hasta 2011. Puso todos los medios municipales al servicio del proceso independentista, que le iba a servir en

más de una ocasión para tapar su discutible gestión. Revalidó el cargo en 2015 y resultó elegido presidente de la AMI (Associació de Municipis per la Independència).

La reconstrucción de la vida política y personal de Puigdemont entre 2016 y 2024 se mezcla inexorablemente con la historia política de Cataluña. Biografía y crónica avanzan a la par, tanto para los dos años de la presidencia de la Generalitat, coronados con el 1 de octubre, la declaración por unos segundos de la independencia de Cataluña y la aplicación del artículo 155, como fuera de España, en su condición real de expresidente prófugo que el relato nacionalista ha convertido en “presidente legítimo en el exilio” —un insulto evidente y vergonzoso para los exiliados de verdad, no infrecuentes en nuestra historia—. La obsesión por la seguridad, el temor a caer en el olvido y el miedo atroz a la cárcel ayudan a entender algunas decisiones de Puigdemont antes y después de 2017. El resentimiento progresivamente acumulado en Waterloo no es un tema menor.

Un doble juego de espejos cóncavos permite al lector profundizar algo más en la personalidad política y las acciones del último decenio del expresidente de la Generalitat y fugado hasta el día de hoy (“aventurero de la república que no existe”). El primero le confronta con Oriol Junqueras, el líder de ERC: no se soportan, se desprecian, nunca ha habido un atisbo de empatía entre ellos, afirman Ellakuría y Planas. Los años de 2016 a 2024 han estado marcados por esta confrontación personal en el seno del independentismo. El segundo de los juegos le sitúa delante de Pedro Sánchez: comparten ADN político y son “hábilos tahúres posmodernos”, estrategas, tramposos, esquivos, desconfiados y ególatras. De ahí su cínicas y algo psicopáticas negociaciones. Existe, sin embargo, una diferencia, como nos recuerdan los autores: Puigdemont, a diferencia de Sánchez, “no es un

descreído de barrio, ni un yonqui del poder sin escrúpulos”, sino “un integrista catalán que, como todo fanático religioso, encuentra en la utopía —en su caso, lograr la independencia de Cataluña— la justificación de toda una vida malgastada”. Alto y claro.

Ellakuría y Planas nos dejan en el libro ingeniosas frases y pullas afiladas sobre la CUP, “una suerte de juventudes neoconvergentes, pero de estética antisistema y *borroka*”; los CDR, “una extraña compota de pacifistas partidarios de la lucha armada”; ERC, un “partido termita” o, asimismo, la mansión de Puigdemont en Waterloo, “Palmar de Troya del independentismo”. Tampoco se libran algunos personajes del panorama político nacionalista del siglo XXI: Artur Mas (“pijo barcelonés”), Raül Romeva (“referente de los ecopijos descorbatados que habitan el soberanismo catalán”), Pilar Rahola (“la musa del *procés*”), Jaume Giró (“conspirador eterno y hábil trepador”), Miriam Noguera (representante del “trumpismo de barretina y fin de semana de esquí en Baqueira”), Jami Matamala (“chambelán de Waterloo”), el abogado Gonzalo Boye (“siniestro personaje”) o Ferran Mascarell (“no es precisamente un hombre dotado para la diplomacia, pero sí para el trinque político y colocarse en puestos con buena remuneración y escaso trabajo”).

Los dos presidentes de la Generalitat que sucedieron a Puigdemont no merecen elogios, sino todo lo contrario: “mediocridad” de Pere Aragonés, “inútil” Quim Torra. Comoquiera que sea, todos los anteriormente citados han acompañado, en una u otra manera, a Carles Puigdemont, el “político que se cree llamado a una misión superior” que gobernó y desgobernó la desastrosa Cataluña de 2016 y 2017. De estos años al frente de la Generalitat de Cataluña, aseguran los autores de *Puigdemont. El integrista que pudo romper España*: “Hay quien le mira con respeto y hay quien le desprecia, en uno y otro lado, pero existe

una coincidencia general en que él no es un líder ni especialmente inteligente ni muy carismático.” *Fracturó Catalunya e intentó romper España*. En la etapa posterior se ha abonado, como forma de supervivencia política, al ingenioso espectáculo populista, como vimos todavía con estupefacción en Barcelona el 8 de agosto de 2024. Tienen razón Iñaki Ellakuría y Pablo Planas, en esta recomendable obra, al asegurar que Carles Puigdemont ha sido y es el político más incómodo de la España del siglo XXI. Y, si puede y se le permite, me atrevo a añadir, va a seguir siéndolo. ~

JORDI CANAL es historiador y profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *Contar España. Una historia contemporánea en doce novelas* (Ladera Norte, 2024).

NOVELA

La verdad de la leyenda en la estepa

por Miguel Roán



Chinguis Aitmatov
MÁS DE UN SIGLO SE
ALARGA EL DÍA
Traducción Marta Sánchez-
Nieves Fernández
Madrid, Editorial Automática,
2024, 560 pp.

Las leyendas son parte de la realidad. No se trata de la verdad del mundo real, sino del ser humano. La construcción de personajes verosímiles, la descripción de lugares remotos que nunca fueron visitados, relatos imaginados por el teclado del escritor, todo ello son hechos fácticos en la subjetividad del creador, por muy al margen que nos parezcan de lo verificable, por muy fantasiosos que nos resulten.

Más de un siglo se alarga el día (publicado con otro título y traducción en 1985), del escritor kirguís Chinguis Aitmatov (1928-2018), en una sólida y

fluida traducción de Marta Sánchez-Nieves Fernández, es una leyenda genealógica: una vuelta de tuerca a los rudimentos más básicos del individuo y de su relación con el poder, la moral y las necesidades vitales. El mismo texto fue laminado por la censura y le fueron añadidos con posterioridad, durante la década de los noventa, extractos como la leyenda de la nube de Gengis Kan, lo que nos habla de que la obra reflejaba los fantasmas interiores de su clase política, el miedo a la dialéctica y la contradicción. O tal vez la amenaza que suponía para algunos gobernantes no poder controlar ni el más inocente de los pensamientos ensimismados. Todo líder sufre las sombras de la duda, sobre el favor del cielo, del destino o de lo divino, y *Más de un siglo se alarga el día* es una parábola de la subversión, la vulnerabilidad o la traición que anida en cualquier mundo interior.

Situada en la URSS de la década de 1950, durante el estalinismo, la obra tiene sus fundamentos en la vida nómada durante la infancia del autor, en los relatos legendarios de su abuela y en que su padre, alto funcionario y luego “enemigo del pueblo”, sufrió las purgas del dictador. El proyecto soviético no alcanzó a dominar las profundidades del alma ni tampoco a terminar de crear un “nuevo hombre”, o tal vez sí lo logró, pero hacia un ciudadano escéptico y descreído sobre las verdaderas motivaciones del poder y sus idealismos. Pasó algo parecido en la Yugoslavia de Tito, la Albania de Enver Hoxha o en la China de Mao Zedong. Escritores como Ismail Kadaré en *El palacio de los sueños*, Milan Kundera en *La broma*, Arthur Koestler en *El cero y el infinito*, Danilo Kiš en *Una tumba para Boris Davidovich* o Aleksandr Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag* revelaron los horripilantes mecanismos de opresión que los sistemas operan sobre sus propios ciudadanos. *Más de un siglo se alarga el día* es otra manifestación de cómo los regímenes propugnan lo que no son y hacen lo que

no deben: maltratar a quienes deben proteger. La imaginación es el instrumento de resistencia más escurridizo que atesora el individuo.

El relato de los *mankurt*, la leyenda de los soldados apresados en los territorios de Sary-Ozeki (“una página olvidada de la historia esteparia”), cuya voluntad es anulada bajo tórridas horas de sol con la cabeza embutida en piel de camello, nos retrotrae a esa vieja aspiración de crueldad y de conquista de la subjetividad (“los llamamientos a la rebelión, a la desobediencia, le eran ajenos por naturaleza”). Esa vocación de dominio institucional desemboca en el personaje de Abutalip Kuttybaev, brigadista internacional en Yugoslavia, reprimido por el sistema soviético (por el “no” de Tito a Stalin en 1948), por querer compartir en negro sobre blanco su historia (su propia leyenda) con sus hijos, a los que quería dejar escritas sus enseñanzas y experiencias. (“La rueda del tiempo gira cada vez más deprisa. Y, sin embargo, somos nosotros quienes debemos decir la última palabra sobre nosotros mismos”).

Aitmatov recurre al protagonismo del héroe, Edigui Buranny, quien trabaja en un apeadero ferroviario (Boranly-Buranny), en la inhóspita estepa kazaja. Hombre sencillo, con sus propias dobleces, es íntegro en lo trascendental, aquello que excede a nuestra presencia en este mundo. Su misión: enterrar a su amigo predilecto, Qazangap, en el cementerio de Ana-Beit. El trayecto de un día servirá para hacer una descripción del tiempo y del espacio, establecer una relación de vínculos marcados por la vida aislada, pero también poner en el centro del pensamiento las claves de la existencia más primordial: naturaleza, sustento, familia, amistad, amor, supervivencia, rituales y memoria. En el estado salvaje del camello Qaranar, indómito y sumiso a ratos, se encuentra la metáfora de los estados del ser humano, la imprevisibilidad, la

violencia y la tenacidad que escapan al mundo reglado de autoridades y burócratas. Quien quiera dominar ese impulso deberá hacerlo con algo más que terror. ¿Manipulación, seducción, entretenimiento tal vez?

El contrapunto al terruño que inspira la novela es el relato del encuentro intergaláctico entre dos astronautas con una civilización alejada y más avanzada que la nuestra, que quiere entrar en contacto con la Tierra (“se estaba decidiendo el destino global del planeta”). El cosmódromo terráqueo se encuentra en la misma estepa y como tal parece una proyección del miedo a lo desconocido, pero también de cómo esa civilización extraterrestre es un espejo de las propias inseguridades y patologías del régimen. Uno de los méritos principales de la obra es que dos mundos tan dispares converjan en un todo narrativo coherente, uno primitivo y otro sofisticado. La estepa es un desafío para prosistas y poetas, pero en esa hoja en blanco se confrontan el movimiento de los trenes que “circulaban del este al oeste y del oeste al este” con la parálisis del lugar, el mundo de proximidad de la arena, la artemisa y el ganado con la inmensidad del universo. Y, sin embargo, de forma paralela, estepa y galaxia parecen igualmente inabarcables e igualmente cercanos a lo salvaje de la humanidad.

En una especie de círculo infernal, *Más de un siglo se alarga el día* expresa inercias incontrolables, insertadas en la pulsión humana. La incredulidad hacia los avances científicos, contrapesados con conspiraciones o con la misma creencia en Dios, el sentido de la justicia que se encuentra en las formas de convivencia más básicas, la atracción amorosa que puede emerger en cada uno de nosotros hacia otra persona, el valor de los recuerdos como experiencia revivida para confrontar el presente, el entusiasmo por un futuro tan lejano como incierto en su materialización; todo se plantea como parte de una leyenda

que en *Más de un siglo se alarga el día* se torna en la materialización y continuidad de ambiciones, pasiones, necesidades, contradicciones y necesidades que subsisten en todos nosotros por mucho que en nuestras mentes vivamos o intentemos vivir despegados de nosotros mismos, por mucho que integremos todos estos aspectos como elementos inconfesables de nuestra existencia animal, que ni siquiera el poder más omnímodo acaba de predecir, comprender y someter. ~

MIGUEL ROÁN es escritor y director de *Balkanismos*.

ENSAYO

La lucha por la igualdad

por **Claudia Hupkau**



Claudia Goldin
CARRERA Y FAMILIA: EL LARGO CAMINO DE LAS MUJERES HACIA LA IGUALDAD
Traducción de Gala Sicart Olavide
Madrid, Taurus, 2024, 456 pp.

Uno de los cambios más profundos que han experimentado las sociedades desarrolladas en el último siglo es la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral. Solo en las dos últimas décadas, la diferencia entre las tasas de empleo de hombres y mujeres se ha reducido casi a la mitad, pasando del 18% en 2000 al 10,5% en 2021 en los países de la OCDE. Aunque estas estadísticas muestran avances significativos, el progreso hacia la igualdad de género se ha estancado en la mayoría de las economías avanzadas durante la última década.

Carrera y familia: El largo camino de las mujeres hacia la igualdad de Claudia Goldin utiliza las lecciones de la historia para entender por qué no hemos alcanzado aún la igualdad de género. El análisis de Goldin sugiere que la clave para alcanzar la plena

igualdad no pasa por atajar la discriminación, formar a las mujeres para que negocien mejor, fomentar distintas opciones profesionales o imponer la igualdad de género mediante la legislación.

Según Goldin, en el centro de la desigualdad de género que persiste hoy en día está la lucha por conciliar la vida laboral y familiar. Su argumento clave se centra en lo que denomina “desigualdad de pareja”, es decir, cómo las carreras de alto nivel exigen a menudo compromisos de tiempo que crean tensiones en las parejas sobre qué carrera tiene prioridad. Aunque en un mundo ideal las parejas comparten las responsabilidades en la familia a partes iguales, la realidad es que la igualdad resulta costosa en términos de ingresos familiares. Esto se debe a que las personas que hacen horas extra o trabajan en horarios irregulares ganan sustancialmente más. Goldin llama “codiciosos” los empleos que recompensan desproporcionadamente el trabajo en horario prolongado y específico. Si trabajar en un empleo codicioso está muy recompensado, entonces, para maximizar los ingresos familiares, uno de los miembros de la pareja tenderá a especializarse en este tipo de trabajo, mientras que el otro ocupará un puesto más flexible, que le permita estar “de guardia en casa”. Como era de esperar, son sobre todo las mujeres las que optan por el trabajo flexible y peor pagado, incluso cuando tienen una formación superior y están igualmente preparadas para el puesto mejor pagado.

El libro hace un recorrido por el papel de la mujer en la economía estadounidense analizando cinco cohortes de mujeres con estudios universitarios, desde “La cohorte de las primeras”, nacidas alrededor de 1900, hasta “La cohorte de las opciones”, nacidas entre 1960 y la década de 1980. Goldin contextualiza los avances de la mujer con debates sobre leyes antidiscriminatorias y avances en planificación

familiar, como la legalización de la píldora anticonceptiva en 1960.

El inteligente uso que Goldin hace de los datos históricos ilustra con eficacia el largo camino recorrido por las mujeres en el último siglo. En el capítulo 5 muestra, por ejemplo, cómo las actitudes sociales hacia las madres trabajadoras cambiaron drásticamente: la proporción de quienes estaban de acuerdo en que “los niños en edad preescolar sufren cuando su madre trabaja” descendió del 80% en 1900 a alrededor del 20-30% en 2000. También documenta, en el capítulo 6, cómo la representación femenina entre los licenciados en carreras altamente remuneradas como medicina, derecho o empresariales pasó de alrededor del 5% en la década de 1950 a casi el 50% en 2015.

El libro demuestra cómo las profesiones difieren en su “codicia” y cómo esto conduce a distintos niveles de desigualdad de género. El capítulo 9 compara a abogados y farmacéuticos: los primeros ejemplifican una ocupación codiciosa con recompensas desproporcionadas por prolongados horarios de trabajo, mientras que los segundos representan una profesión muy bien pagada pero no codiciosa, con una estructura salarial más lineal. Goldin argumenta que, para eliminar la brecha de género que aún persiste, los trabajos mejor pagados deberían emular el modelo de las farmacias, donde la sustituibilidad de los empleados hace que la flexibilidad laboral sea menos costosa.

Aunque Goldin defiende con argumentos convincentes el papel de los empleos codiciosos en la perpetuación de las diferencias profesionales, su enfoque en los licenciados universitarios deja fuera a una parte significativa de la población. Los trabajadores sin estudios universitarios, que probablemente no se enfrentan a las mismas recompensas desproporcionadas por las horas extraordinarias, siguen experimentando considerables diferencias salariales entre hombres y

mujeres. Según datos de la OCDE, en algunos países la diferencia salarial entre los trabajadores sin estudios universitarios puede incluso superar a la de los licenciados universitarios, lo que sugiere que otros factores, como las normas sociales, siguen siendo importantes.

El libro analiza la evolución del papel de la mujer en el lugar de trabajo en el contexto específico de Estados Unidos, y las experiencias de las mujeres en otros países pueden no ser directamente comparables. No obstante, sus ideas tienen resonancia internacional. La experiencia de Estados Unidos a menudo anticipa la evolución en otros países, como ilustra la adopción mundial de la píldora anticonceptiva tras su aprobación en Estados Unidos en 1960. En España, la píldora no se legalizó hasta 1978, tras el final de la dictadura franquista, bajo la cual la anticoncepción era ilegal. No es de extrañar que las mujeres españolas se pusieran al día más tarde —pero excepcionalmente rápido— en comparación con las mujeres de otros países europeos o de Estados Unidos.

Aunque el análisis de Goldin sobre la desigualdad salarial ofrece valiosas perspectivas, se centra necesariamente en hombres y mujeres que trabajan a tiempo completo para garantizar la comparabilidad. Esto deja de lado otra dimensión crucial de la desigualdad de género: las mujeres, especialmente las que tienen responsabilidades asistenciales, cargan con más probabilidades de reducir las horas de trabajo o de abandonar por completo la población activa. Aunque el alcance del libro no se extiende a la comprensión de la persistente brecha de participación laboral entre hombres y mujeres con hijos, sus ideas sobre el papel de la estructura del lugar de trabajo podrían ayudar a abordar las brechas salariales y de participación.

El poderoso análisis de Goldin sobre las barreras estructurales a la igualdad de género en las carreras de alto nivel ofrece una nueva

perspectiva sobre un problema persistente. Su énfasis en reformar las estructuras laborales en lugar de cambiar el comportamiento de las mujeres o legislar la igualdad aporta un enfoque novedoso. A medida que la flexibilidad laboral se normaliza en el mundo pospandémico, quizá nos estemos acercando por fin a un punto de inflexión en el que la prima del “trabajo codicioso” disminuirá, permitiendo que tanto hombres como mujeres desarrollen carreras satisfactorias y compartan las responsabilidades familiares de forma más equitativa. ~

CLAUDIA HUPKAU es profesora de economía en CUNEF.

NOVELA

Una ciudad en llamas

por Iván Farías



Diego Trelles Paz
LA LEALTAD
DE LOS CANÍBALES
Barcelona, Anagrama, 2024,
384 pp.

Perú es un polvorín, pese al alto crecimiento económico de los últimos años, pese a la enormidad de recursos mineros y pesqueros con los que cuenta, pese a que viven una *pax romana* luego de que la guerrilla de Sendero Luminoso fuera eliminada; está al borde del estallido, con seis presidentes en el último lustro. Es en ese país, centrándose en una Lima convulsa, donde Diego Trelles Paz (Lima, 1977) pone su mirada con esta novela con la que cierra su trilogía sobre la violencia política.

La primera, *Bioy* (2012), es brutal y agresiva. Hay en ella un deseo por mostrar la realidad cruda y dura, sin miramientos, incluida una salvaje violación que, al principio del libro, será apenas el anticipo de la

historia. La agresividad continúa, pero ha bajado varios grados, en la segunda novela, *La procesión infinita* (2017). La crueldad sigue estando presente, pero no percibimos esa necesidad de querer perturbar al lector. Sí vemos, en cambio, un dejo de autobiografía, ya que mientras *Bioy* estaba ambientada en la década de los ochenta, *La procesión infinita* sucede en los noventa, época en que el autor estudiaba en la universidad, como El Chato, uno de los personajes, quien parece ser un trasunto de Trelles. En esta tercera entrega, el Perú violento y bronco permanece, pero sus habitantes ya han aceptado vivir en esa vorágine. A fin de cuentas, son sobrevivientes disfrutando de los últimos días del fin del mundo.

Hay dos ejes para la cantidad de historias que contiene esta novela río; el primero y el más calmo es el bar del chino Tito, un sitio en el centro de Lima que alberga lo mismo a trabajadores inmigrantes que a policías criminales, amantes de la música salsa. Es un bar que se parece mucho a la mítica taberna *Queirolo*, frecuentada por gente común, escritores bohemios y, claro, políticos, y sede de diversos movimientos culturales limeños.

El otro eje es Alberto Fujimori, o Chinochet, como era conocido el dictador de origen japonés, a quien igualaban con su homólogo chileno, Augusto Pinochet. Fujimori es un fantasma que nunca se hace presente, pero está todo el tiempo en boca de los personajes ya que es él, con sus políticas o su ausencia, quien dirige o lleva las vidas de los peruanos, pese a que su gobierno terminó hace años. Lo mismo es culpado de todos los males del país, según algunos, que amado por otros con devoción religiosa.

Trelles Paz hace una radiografía de la Lima contemporánea, mostrándonos diferentes estratos de esta sociedad apaleada y dolida. No se queda solo con personajes que sirvan para demostrar un punto, sino que los crea

y los deja vivir, permitiéndoles hablar y desear un futuro mejor, que no se ve por ningún lado. Nos encontramos lo mismo a la migrante colombiana que huye de su país buscando alejarse de la violencia, para enfrentarse a una distinta; al padre católico, que goza de total impunidad cuando decide saciar sus más bajos deseos; a la joven guapa que busca sobresalir por méritos propios en la sociedad machista; al ingeniero y por ende soñador dueño del bar que entrega libros a sus empleados para que intenten mejorar su vida y así alejarse de los celulares.

Pero la figura mejor construida es Arroyo, el policía corrupto y secuestrador, tocayo del salsero colombiano Edulfamid Molina, alias Piper Pimienta. Cruel, sin ningún tipo de redención, es uno de los más acabados hijos del fujimorismo y será el personaje que lleve la trama, de una u otra manera, a su conclusión. Contraparte perfecta del chino Tito, pues mientras uno busca aprovecharse de su placa, el otro ayuda a los empleados y visitantes. Dos vertientes de esta Lima posfujimorista.

Arrabal –otro de los personajes, un conflictivo narrador que intenta escribir la novela del bicentenario peruano– nos aclara quiénes son los caníbales a los que alude el título: “son todos aquellos que traicionan sus principios de vida y están dispuestos a llevar a cabo el horror antropófago de ‘comerse’ unos a otros para obtener

un poder sobre el resto. El acto no tiene que ver con la supervivencia [...] Comerse es imponerse a los demás. El ideal humanista de la solidaridad comunitaria se pone bajo sospecha hasta suprimirse. De la metáfora a la realidad de la novela: los personajes intentarán devorarse si aquello es posible en una ficción protagonizada por monstruos”.

De este modo, vamos y venimos de las vidas cotidianas de gente que lucha día por día para sobrevivir, para no ser comida por los otros caníbales. Desde una chica que sabe leer “el culo” de las personas, una especie de ama de la *culomancia*, hasta la madre que idolatra a Fujimori y que ve en la cocina una forma de salir de la pobreza: “La cocina [...] es un don que te va a servir para darles felicidad a los demás. No es arte ni ciencia, hijita, es disciplina y talento. Todo, absolutamente todo, puede conseguirse en el Perú si logras conquistar un estómago, porque el estómago es el segundo corazón del cuerpo.”

Trelles Paz va hilando esta compleja trama, con diferentes registros narrativos, por un lado una adscripción al guion cinematográfico, pero también a las notas del periódico, agregando largos monólogos, hasta conformar un profuso crisol de historias y formas de contar. Al avanzar en sus páginas encontramos una Lima descompuesta y carcomida que –como dice otro de los

personajes– “cambia con violencia [...] crece sin control, hacia arriba, se lo tumban todo para levantar edificios horrendos y baratos que se derrumbarán con el primer terremoto [...] Es una desgracia”.

Los personajes de Trelles Paz saben que todo está mal, tienen esa certeza, pero no les queda más que la resignación de no poder escapar. Si bien no pueden huir, hay visitantes que van a atestiguar la caída, como sucede con un estudioso alemán, que decide ir hasta allá: “Helmut aprendió rápidamente que las reglas de convivencia en esa sociedad habían sido mutiladas por un individualismo feroz. No era entonces sorprendente que la llegada de una nueva dictadura –esta vez civil– tuviera el apoyo de una población sedienta de orden autoritario, pensó Helmut. Exigían pena de muerte para enderezar todo aquello que muchos de ellos ejercían cuando paradójicamente clamaban por orden.” El novelista nos lleva de la mano en una obra que a ratos trata con ternura a sus criaturas y a ratos las deja en el más absoluto desamparo. Cada tanto, leemos que un sismo se acerca, que está a la vuelta de la esquina, como un aviso bíblico, como si se tratase de un fuego purificador que vendrá a limpiar todo lo que está mal.

Esa Lima que, más que estar cerca de la brisa marina, está cerca del calor del infierno. Pocos de los personajes tienen redención, porque tampoco la buscan, porque saben que la única manera de sobrevivir es dando la primera dentellada al otro. Como el padre que se niega a pagar rescate por su hijo, y que incluso ve el asunto como algo benéfico. Tal vez Diego Trelles no lo sabía, pero el cierre de esta trilogía tiene un ligero sabor bíblico, órfico, descenso a lo más oscuro del alma humana, aunque en este caso se trate de un país. ~

IVÁN FARÍAS es escritor y crítico de cine. Su libro más reciente es *El misterio de la máscara perdida* (Dark & Glow Press, 2022).

